

El nombre de América era aceptado sin disputa en aquella fecha. Desde mucho tiempo nadie pensaba ya en Colon. Su posteridad estaba ya extinguida en la línea masculina que hubiera continuado su nombre. Al formar Fracanzo de Montalbodo, en 1507, su colección de viajes, no había hecho siquiera indagaciones sobre la muerte de Cristóbal Colon, y hasta ignoraba su última expedición marítima. En la traducción latina cuyo prólogo está firmado por Madrignano, á 1.º de junio de 1508, se decía que «libres de la cárcel entonces Cristóbal Colon y su hermano, vivían honrados en la corte de España.» El doctor Vallés, continuador de la célebre Crónica de los Reyes Católicos por Hernando del Pulgar, atribuye el descubrimiento del Nuevo Mundo, no á un hombre, sino á una carabela (1), y alude á la fábula del piloto muerto en casa de Colon. Este descuido, que era la consecuencia natural de tantos errores, dimanaba naturalmente del profundo descrédito con que había terminado la carrera del gran Almirante del Océano. Puede juzgarse de la indiferencia del público por su gloria sabiendo que un contemporáneo del Descubrimiento, capellán del Rey Católico, de agudo talento, Lucio Marineo, llamado de Sicilia á Castilla para propagar allí el gusto á las letras latinas, escribiendo su *Historia de las cosas memorables de España*, confundía ya la materia del descubrimiento del Nuevo Mundo, desfiguraba el nombre maravillosamente simbólico de Cristóbal Colon, y no se sonrojaba de llamarle PEDRO COLON (2)! De esta manera se hacía cómplice del médico alemán Jobst Ruchamer, quien en el primer libro germánico donde se habló del Nuevo Mundo, no pronuncia ni una sola vez el nombre de Colon; y se obstina en llamarle Christoffel Dawber, lo que significa en español: CRISTÓBAL PALOMO.

Estos hombres no tenían la menor idea de la enormidad de su profanación.

Después de su tercer viaje había Cristóbal Colon descendido tanto en el concepto del público, que ni siquiera se dignaba nadie ocuparse de él. Para unos no pertenecía ya á este mundo. No dando otros importancia ninguna á cuanto le atañía, no se tomaban la molestia de comprobar las fechas. Vemos que era general esta depreciación de su gloria, en la época en que se publicaron las tres primeras Décadas Oceánicas de Pedro Mártir, en Alcalá de Henares, el año 1516, diez años antes de la primera edición de los primeros libros de la historia de las Indias, por Oviedo, publicada en Toledo, y cuando el veneciano Ramusio había emprendido ya su colección de viajes. La prueba de esto se desprende de sus escritos. Todos tienen que disculpar á Colon de las acusaciones que la malevolencia continuaba difun-

(1) «El primero que las descubrió fué aquella carabela llevada por viento contrario á levante, y tan contrario que vino á tierras no conocidas, etc.»—Vallés, *Breve y compendiosa adición á la Crónica de los católicos y esclarecidos reyes*, etc., cap. 1, fól. CCIV.

(2) «Petrum Colonum cum triginta quinque navibus quas caravellas appellant et hominum magno numero misere.»—Lucii Marinei Siculi, *De rebus Hispaniæ memorabilibus*. Lib. XIX.

diendo contra él, después de su muerte; no obstante, el juicio de los historiadores españoles era impotente para reformar la opinión pública; en primer lugar porque sus obras, que exigían un estudio algo grave, no estaban destinadas á ser populares, y luego después porque ninguna de dichas obras se publicó en estado de completa conclusión; finalmente, y sobre todo, porque la mayor parte de ellas quedaron manuscritas. El segundo hijo de Colon, don Fernando, que fué también su biógrafo, no terminó su trabajo hasta el año 1536, y lo dejó manuscrito. El virtuoso Bartolomé Las Casas comenzó el suyo muy tarde, y no lo concluyó hasta cincuenta y tres años después de la muerte de Cristóbal Colon: también lo dejó manuscrito. La opinión quedó, pues, bajo la influencia de las más injustas prevenciones. La calumnia que había acibarado cada uno de los días de Colon, después del inesperado triunfo de su primer viaje, implacable á pesar de la muerte, se enfureció contra su nombre, sentóse sobre su sepulcro, y difamó su memoria por los siglos.

§ II.

En medio de este error casi general, sólo el Pontificado romano conservaba el presentimiento de la grandeza apostólica de Cristóbal Colon.

Tres Papas habían sucesivamente honrado con su confianza á ese heraldo de la Cruz; la Santa Sede no se contradujo nunca respecto á él, y el Sacro Colegio permaneció fiel á esta noble simpatía. Ya durante su vida, cuando su gloria encontraba tantos detractores en la España, que él hacía la más grande nación del mundo, el Padre Santo y los cardenales honraban en Roma sus trabajos inmortales. El único escrito de ese grande hombre, publicado mientras vivió, se imprimió en Roma el año 1493, por Aliander de Cosco, en casa de Eucharius Argentinus.

El primer personaje de Roma que recibió y propagó los pormenores históricos del Descubrimiento, fué el cardenal Ascanio Sforza.

El cardenal Bernardino Carvajal estaba en correspondencia, con motivo de Colon, con el célebre literato Pedro Mártir de Anglería, profesor de latinidad en la corte de España.

El cardenal Luis de Aragon enviaba uno de sus secretarios para recoger, de los labios de Pedro Mártir, lo que este elegante literato sabía del mismo Colon.

El ilustre cardenal Bembo intercalaba en su *Historia de Venecia* un libro entero acerca del descubrimiento de Cristóbal Colon.

El papa Leon X se hacía leer, durante las veladas de invierno, en medio de la corte pontificia, todos los descubrimientos de Colon, cuya historia había compuesto Pedro Mártir de Anglería bajo el título de DÉCADAS OCEÁNICAS.

Casi todo el Cardenalato romano invitó á un noble ciudadano, Julio César Stella, para que escribiera en versos latinos la Epopeya del Nuevo Mundo.

Particularmente el cardenal Alejandro Farnesio dió muchísima celebridad á dicha obra, por haber mandado leer el manuscrito de la misma en su quinta Farnesio, en presencia de los cardenales. Invitó además al padre jesuita Francisco Bemí á que la enriqueciera con un prólogo.

El cardenal Benedicto Pamphili aconsejó á otro jesuita, el padre Hubertino Carrara, que compusiera un poema sobre el mismo asunto.

El cardenal Sforza Pallavicino celebró por sí mismo la empresa de Colon en sus FASTI SACRI.

El cardenal-obispo de Verona, el gran Agustin Valerio, en su libro DE CONSOLATIONE ECCLESIE, indicó magníficamente la empresa del Descubrimiento, su importancia para el Cristianismo, y glorificó implícitamente á Colon, aplicando á su mision notables textos de los libros proféticos de Isaiás.

Bajo los auspicios del papa Inócencio IX y del cardenal Gabriel Paleotto, publicó el sabio oratoriano Tomás Bozius, la parte de su obra DE SIGNIS ECCLESIE DEI, en la que aplica también á Colon diversos pasajes de las profecías.

El primer cardenal que empeñó formalmente á un poeta á celebrar en lengua italiana la navegacion de Cristóbal Colon fué un frances: su eminencia Antonio Perrenot, más conocido bajo el nombre de cardenal Granville; y es preciso convenir en que el poeta de Brescia, Lorenzo Gambará, desempeñó dignamente su cometido.

En la ciudad de Roma fué donde un noble genoves, historiador de las grandezas de la Liguria, Huberto Foglieta, manifestó su indignacion contra «el vergonzoso silencio é increíble ceguedad» de su patria, que decretaba estatuas á ciertos ciudadanos por causas vulgares, y no erigia ninguna al único de sus hijos cuya gloria no tenia igual (1). Participando la república de Génova de la indiferencia de los demas Estados con respecto á Colon, no había pensado, hasta el año 1577, en consagrarle un trozo de aquel mármol de que tan pródigos son sus palacios. De la ciudad eterna partió la generosa protesta del patriciado genoves y la declaracion del incomparable servicio (2) prestado por su compatriota á la Iglesia de Jesucristo.

Merced á la influencia romana, no perdió completamente Italia el recuerdo de Cristóbal Colon. La voz de los poetas, excitados por el Cardenalato, despertó el patriotismo. Á la manera que en los tiempos heróicos de la célebre Grecia, se habían disputado siete ciudades la cuna de Homero, viéronse entónces siete ciudades

(1) «Turpis silentii oblivione... sed civium tuorum supina negligentia incredibili cecitate conjuncta lugenda est.»—Uberto Foglieta, *Clarorum ligurum elogía*, p. xxxvi. Impreso en Roma en casa José de los Angeles, 1577.

(2) «Ac neutiquam comparabile in christianam Ecclesiam promeritum.»—Uberto Foglieta, *Clarorum ligurum elogía*.

y villas reivindicando la honra de haber dado el sér á Cristóbal Colon. Savona, Pradello, Nervi, Cugurco, Bugiasco, Cuccaro, se atrevieron á disputársela á Génova la Soberbia. Prescindiendo, empero, de esta lucha enteramente local y de amor propio, lo restante de Europa, y particularmente Francia, sériamente no prestó ninguna atencion ni á la persona de Cristóbal Colon, ni á su sobrehumana empresa; nadie pensó en escribir su historia, ni siquiera hubo quien se tomase la molestia de traducir por completo la parte de las obras relativas á la América, que estaban publicadas en España, bajo el título de *Historia de las Indias Occidentales*, contentándose con vagos rumores y errores palpables. La única circunstancia que evitó el completo olvido de Cristóbal Colon fué quizás el insulso cuento del huevo, que, no obstante su enorme inverosimilitud, logró acreditarse. ¡Cristóbal Colon había descubierto el Nuevo Mundo, y, para explicar su descubrimiento, aplasta el extremo de un huevo en una mesa! De esta manera resumía la opinion los dos puntos principales de su vida, los únicos que se perpetuaron en lo venidero. El cuento del huevo que recreaba á la infancia, primera historia de Cristóbal Colon que se escribió en Alemania, se destinó á la diversion de la juventud.

¿Cómo ocuparse formalmente de Colon cuando tenían en tan poco su empresa los escritores, los filósofos que dominaban en el siglo décimo octavo, época en que era conocida la totalidad del Continente americano, y estaban completamente determinadas así la extension como la forma de la Tierra? Esos hombres, que creían haber encontrado en América objeciones contra Moises y los Libros Santos, no estaban en disposicion de apreciar la mision del hombre que puso el mundo antiguo en relacion con el nuevo.

No puede uno asombrarse del error del vulgo, cuando ve á un escritor célebre, Raynal, adornado con el título de filósofo, y autor de la famosa *Historia filosófica de las Indias*, poniendo á Vasco de Gama como superior á Colon, por considerar el paso del Cabo como la época más grande de la historia (1)! Para dar gracias á la Academia de Lion por haberle elegido miembro de ella, propuso un premio al que dilucidase la tonta vulgaridad adornada por él con el nombre de cuestion: «¿El descubrimiento de la América fué perjudicial ó útil al género humano?» Entre aquellos enciclopedistas que, segun el título que se daban, poseían todas las ciencias, ni uno solo tenia la menor idea del genio de Cristóbal Colon y de la grandeza de su empresa. El mismo sabio Buffon, participe del comun menosprecio respecto á la importancia del Nuevo Mundo, ponía el descubrimiento de los portugueses más alto que el de Colon: «Doblaron el cabo de Buena-Esperanza, atravesaron los mares del África y de las Indias, y mientras que dirigian todas sus

(1) Raynal, *Historia filosófica y política de las Indias*, tom. I, pág. 98.

miradas á la parte del Oriente y del Mediodía, Cristóbal Colon dirigió las suyas hácia el Occidente (1).»

El protestantismo acude al auxilio de la filosofía francesa.

Robertson afirmó que para el Descubrimiento no habia ninguna necesidad de Colon. «Si la sagacidad de Colon, dice, no nos hubiese hecho conocer la América, algunos años despues nos hubiera conducido á ella una feliz casualidad (2).» ¡Como si fuese posible que alguno se hubiese querido aventurar bajo aquellas temidas latitudes sin el buen éxito de Cristóbal Colon, que habia tranquilizado á los marinos y aclarado los misterios del MAR TENEBROSO! Viendo que se podia prescindir tan fácilmente de Colon, un diplomático frances, Mr. Otto, creyó dar pruebas de perspicacia filosófica, y merecer bien de la arqueología, intentando probar que Colon no habia hecho ningun descubrimiento, porque la América era conocida anteriormente á su empresa. El 1.º de abril de 1786, dirigia desde New-York, al célebre Fránklin, una memoria sobre esta materia. El año siguiente, en las observaciones y adiciones hechas á la traduccion de las memorias filosóficas de Ulloa, acerca del descubrimiento de la América, se resucitó la antigua acusacion de los enemigos de Colon, y se dió calificacion de NAVEGANTE (3), al piloto desconocido que se decia haberle confiado sus mapas. Antes, no limitándose otros á despojarle de su descubrimiento, le habian disputado su asiduidad y sus meditaciones. Todos saben que la primera observacion de magnetismo terrestre se debe á Cristóbal Colon que la hizo en la brújula, el 13 de setiembre de 1492. Fontenelle, en la *Historia de la Academia real de Ciencias*, no vacila en atribuir este descubrimiento, elogiar por el á Sebastian Cabot, que no partió hasta el año 1497, ó hasta á Grignon de Dieppe, posterior á este último en treinta años.

Esta depreciacion de Colon, la incertitud en que se estaba acerca de su origen, patria y empresa, fué causa de que se hablara de él al acaso, sin atribuirle importancia. Los hombres más graves no fueron por demas exactos en los hechos y fechas en que se trata de Colon. Asi es que el mismo Montesquieu, en su *Espiritu de las Leyes*, censura á los que deploraban que FRANCISCO I no hubiese provisto de buques á «Cristóbal Colon, que le ofrecia las Indias (4).» Olvida que al subir Francisco I al trono habia ya veintitres años que estaba descubierta la América. De la misma manera otro magistrado, contemporáneo nuestro, el señor de Marchangy, en su *Galia poética*, no habla del Descubrimiento sino como accidentalmente; no le concede sino una importancia secundaria; y, despues de haber hablado del cabo de Buena

(1) Buffon, *Obras completas*, aumentadas por Cuvier, tom. I, pág. 266.

(2) Robertson, *Hist. de América*, tom. I, lib. II, pág. 198, edic. de 1828.

(3) «Ese navegante á quien debió él toda la gloria de sus descubrimientos.»—Ulloa, *Memorias filosóficas, históricas y físicas, relativas al descubrimiento de la América*, tom. II, pág. 475.

(4) Montesquieu, *de l'Esprit des Lois*, tom. II, lib. XXI, cap. XVIII, pág. 78, en 4.º Ginebra.

Esperanza, doblado por Vasco de Gama, dice solamente: «Hácia el mismo tiempo, el descubrimiento de la América por Cristóbal Colon, dió nuevos desarrollos á la actividad comercial, á la afición á las expediciones lejanas, etc., (1).» ¡Como si la expedicion de Vasco de Gama, que data del año 1497, no fuera la consecuencia del descubrimiento de Cristóbal Colon en 1492! Por efecto de este tenaz menosprecio, respecto al carácter excepcional de Colon, uniéndose nuestro geógrafo Malte-Brun á los detractores de su gloria, suponía que se habia servido, para su descubrimiento, del diario particular del veneciano Antonio Zeno. Pero este diario manuscrito se habia olvidado y perdido en su familia, y sólo se conoció cuando, apenas encontrado, lo publicó Marcolini en 1558, es decir, cincuenta y dos años despues de la muerte de Colon.

La misma España, no mostraba mayores escrúpulos, y continuaba maltratando la fama inmortal de su ilustre hijo. Mariana, en su magnífica *Historia general de España*, no reconoce en Colon ningun mérito de invencion y de iniciativa. El Descubrimiento fué para él una obra colectiva, pues, dice: «Con que felicidad y éxito prodigioso *esos hombres intrépidos* atravesaron inmensos espacios de mar.» Despues de referir la innoble calumnia del supuesto piloto muerto en casa de Colon, y despojado por éste de su gloria, dice que con auxilio de los mapas robados al difunto, reconoció Colon «todas las costas que hay entre los dos polos, desde el estrecho de Magallanes, hasta el cabo de Bacallao,» que recorrió de este modo «más de cinco mil leguas (2).» El autor de otra *Historia general de España*,

(1) Marchangy, *Gaule poétique*, tom. VII, pág. 276.

(2) Mariana, *Historia general de España*, lib. XXVI, § 11. (a)

(a) No anda muy acertado el autor en atribuir al P. Mariana este juicio. Véase lo que dice el padre de la *Historia de España* en el capítulo III, libro vigésimosexto, de su excelente obra:

«La empresa más memorable, de mayor honra y provecho que jamás sucedió en España, fué el descubrimiento de las Indias occidentales, las cuales con razon por su grandeza llaman el Nuevo Mundo: cosa maravillosa, y que de tantos siglos estaba reservada para esta edad.

.....

» Hízose, pues, Colon á la vela á tres de Agosto de Palos de Moguer, do se aprestaron las naves, y vencidas las olas del mar Atlántico, primero aportó á las islas Canarias, desde allí tomando la derrota del Poniente, á cabo de muchos dias y de grandes dificultades que pasó, descubrió ciertas islas que llamó las islas del Príncipe. Reparó por aquellas partes algunos dias, y dejados en un castillo que hizo allí, algunos compañeros de los suyos, y por capitán á Diego de Arana, dió la vuelta con las nuevas y muestras de las riquezas que dejaba descubiertas, y fué muy bien recibido en España. Prosiguió en descubrir con nuevas navegaciones que hizo los años siguientes, otras muchas islas; entre las más principales y mayores fueron la Española y la Cuba. Demas desto costó gran parte de la Tierra Firme, que corre entre el polo Antártico y el polo Artico desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo de Bacallao, con marinas y riberas que se estienden por espacio de más de cinco mil leguas.

» Verdad es que las dichas marinas con una grande ensenada que hacen, como á la mitad de todas ellas se ciñen de tal manera, que desde el puerto del Nombre de Dios que está en nuestro mar, hasta Panamá puerto del mar opuesto que llaman del Sur, apenas hay distancia y camino de diez y ocho leguas; y bien que las

Ferreras, hace descubrir el Nuevo Mundo á Amérigo Vespuccio, á quien confunde con el fabuloso piloto, siempre muerto en casa de Colon, y supone que por efecto de las notas y de los mapas de Amérigo, se lanzó Colon á su empresa (1)! Un capitán general, el marqués de la Solana, se atrevia á escribir estas líneas al famoso Godoy, príncipe de la Paz: «Colon sólo hizo descubrimientos... la conquista de tan hermosas colonias quedó reservada á Cortés, Sandoval, Álvarez, Pizarro (2).» Ascargorta, en su *Compendio de la Historia de España*, está completamente equivocado en todo lo relativo á Colon; ignora la mitad de su vida; sólo tiene noticia de dos de sus viajes, confunde los sucesos, las fechas, y cree que descubrió la Tierra Firme en su segunda expedición (3).

Cuando españoles incurren en semejante error, respecto á la historia de su país, no tenemos ánimo para censurar severamente á un escritor francés, el señor Paquis, por haber en su *Historia de España* hecho desembarcar á Colon en Portugal, solamente á la vuelta de su segundo viaje; y á Alejandro Dumas por escribir que «habia pasado parte de su vida encarcelado,» mientras que su encarcelamiento duró ménos de tres meses. Lamartine consigna la llegada de Colon á España en 1471; esto es, quince años ántes de que se verificara (4). El señor Granier de Cassagnac asegura que «Colon descubrió las islas de las Virgenes en su último viaje, en noviembre del año 1493 (5),» siendo así que el último viaje de Colon, comenzado en mayo de 1502, terminó en noviembre del año 1504, once años despues de la época equivocadamente indicada. En su *Historia de España* designa el señor Rosseeuw-Saint-Hilaire al célebre Las Casas entre los doce misioneros que llevaba el padre Boil, en el segundo viaje de Colon (6) el año 1493; pero Las Casas no pasó el mar hasta el año 1502, y no cantó su primera misa sino en 1510, y, por consiguiente, diez y siete años despues. Dos antiguos ministros de instruccion pública, miembros del Instituto, escritores eminentes y habitualmente exactos, no han tenido escrúpulo en cometer, respecto de Colon, errores de hecho, de fecha y de lugar. Pasamos por alto los anacronismos, las contradicciones y las innumerables confusiones cometidas por la muchedumbre de escritores de segundo orden.

(1) Ferreras, *Historia general de España*, tom. VIII, pág. 129.

(2) Carta del 30 Mayo 1804, fechada en Aranjuez.

(3) Ascargorta, *Compendio de la Historia de España*, tom. II, cap. XLV.

(4) Lamartine, *Le Civilisateur*, núm. de Agosto 1852, pág. 164.

(5) Granier de Cassagnac, *Voyage aux Antilles*, parte segunda, pág. 128.

(6) Rosseeuw-Saint-Hilaire, *Histoire d'Espagne*, tom. VI, lib. XIX, pág. 114.

riberas del uno y del otro mar hácia la parte de Septentrion por grande espacio con diligencia increíble de los nuestros han sido descubiertas, hasta ahora no se ha podido entender bastantemente si la India occidental se continúa con la oriental, ó si más arriba del Catayo puerto de la China, y más arriba del Japon, isla que algunos llamaron Cipangri, haya algun estrecho de mar con que se aperten la una de la otra. Falleció Colon el año de nuestra salvacion mil y quinientos y seis: *varon digno de inmortal renombre. Fué hecho almirante de las Indias y duque Veraguas: merced debida á sus grandes méritos y servicios.*»

Sin embargo, para ser justos, debemos confesar que la ligereza de nuestros modernos escritores relativamente á Colon, no se les puede imputar directamente, porque la recibieron por herencia del siglo pasado. En nuestros dias se manifiesta un movimiento de justicia reparadora y de benevolencia á favor de la fama de Colon. Se procura honrarle. Se multiplican los retratos y estatuas del héroe. Varias ciudades le levantan monumentos. Libros y colecciones periódicas tienden á vulgarizar su biografía. No obstante, jamás su gloria corrió más peligro que hoy; á pesar de la rectitud de las intenciones, queda Cristóbal Colon forzosamente desconocido. Nos separa de él la peor de las oscuridades, la que procrea la falsa erudicion. El error histórico ha condensado sus tinieblas al rededor de su memoria. Nosotros conocemos intimamente ese error altanero y pedante. Nosotros hemos sorprendido el secreto de su origen, hemos seguido sus huellas á partir de su cuna, hemos notado la fecha de sus comienzos, y comprendido la causa de sus resultados y del crédito que ha sabido adquirir. Confiamos quitarle hoy la máscara.

Pero ántes, para consignar el vivo interés que va unido al recuerdo de Colon, demos una mirada á las simpatías de nuestra época, hácia esa grandeza que no se ha manifestado todavía por completo.

§ III.

A principios de este siglo, un francés á quien nosotros conocimos personalmente, el caballero de Pons, escribió sus viajes en la parte del Continente descubierto por Cristóbal Colon (1), y vino á Paris á imprimir su libro en el que manifestaba su admiracion por el inventor del Nuevo Mundo. Hácia la misma época la Academia de Turin oia con gusto comunicaciones relativas á Cristóbal Colon.

En 1805, un piomonte, el conde Galeani Napione publicó una disertacion acerca de la patria de Cristóbal Colon, á quien suponía hijo de Cuccaro, en el Montferato (2).

En 1808, el conde Damian Priocca reprodujo en Florencia esta publicacion comentándola.

En 1809, el abate Francisco Cancellieri publicó, en Roma, disertaciones epistolares acerca de Cristóbal Colon. Animado por el buen éxito, Galeani Napione dió á luz sobre la misma materia una disertacion intitulada: *Del primer descubridor del*

(1) De Pons, *Voyage á la partie orientale de la Terre Ferme*. 3 tomos en 8.º

(2) Napione, *Della patria di Cristoforo Colombo*, en 8.º